



#### CAPITULO IV

SIÓN

**N**os extrañaremos de que el maestro de escuela se dé, á veces, un poco de importancia? Durante toda su vida ha distribuido á sus semejantes, la ciencia y las luces. A su parecer los campesinos viven de lo que él les otorgó, y no saben otra cosa que lo que él les ha enseñado. No es sorprendente que siga considerándoles como discípulos, y que se juzgue el más discreto entre todos. Un maestro de escuela, que tenga el verdadero carácter de tal, al llegar á las puertas de la vejez, experimenta la mayor dificultad en tratar á sus antiguos discípulos como hombres

10 - JERUSALÉN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

maduros: continúa viéndoles con cara de niño, y como si tuviesen aún sus mejillotas con hoyuelos, y sus ojazos inmóviles y sin malicia.

Un domingo de invierno, después del servicio, el pastor y el maestro de escuela se encontraban hablando bajo la bóveda de la pequeña sacristía, y su conversación había recaído sobre el «Ejército de Salvación».

—¡Invención extraña!—dijo el pastor.—Jamás hubiera creído que cosa semejante aconteciese entre nosotros.

El maestro de escuela le lanzó una mirada casi severa; tan fuera de lugar le parecían estas palabras.

—No creo yo que cosa semejante pueda acontecer aquí.

El pastor, aunque siempre bajo el peso de su decadencia, no pudo resistir al placer de mortificar un poco á Storm.

—¿Cómo—le dijo,—podéis manifestaros tan seguro de escapar al «Ejército de Salvación»?

—Donde el pastor y el maestro de escuela se apoyan uno á otro, semejante abominación no es de temer.

—Pero yo no veo que Storm y yo

nos apoyemos uno á otro. Vos predicáis solo, allá abajo, en vuestra Sión.

—El pastor no ha oído jamás de que suerte predico—replicó Storm con voz muy dulce, y después de un instante de silencio.

En efecto, el pastor jamás había puesto los pies en la capilla, que era, á sus ojos, una verdadera piedra de escándalo. Pero, cuando hablaron de ella, los dos viejos amigos temieron haberse ofendido.

«Probablemente soy injusto para con Storm, se dijo el pastor. De cuatro años á esta parte pasa sus tardes de domingo explicando la Biblia. Y yo cada vez tengo más gente por la mañana en la iglesia, y no he advertido á mi alrededor la menor traza de cisma. Es un buen amigo, un servidor fiel. Bueno será que le dé una prueba de toda mi estima».

Y el resultado del pequeño des-acuerdo de la mañana fué que el pastor el mismo domingo por la tarde, acudió á la capilla de Storm.

«Voy á darle un alegrón» pensó. «Vamos á ver cómo predica allá abajo, en su Sión».

La Sión del maestro de escuela era

una sala espaciosa, de claras paredes, donde aparecían los retratos de Lutero y Melanchton con su capa ribeteada de pieles. A lo largo de la cornisa corrían versículos de la Biblia, escritos en bella letra redonda, encuadrados de flores, de trompetas, y de trompas celestes. En el fondo de la pieza, sobre un estrado, una pequeña cromolitografía, colgada de la pared, representaba al Buen Pastor. La gran sala desnuda estaba llena de gente, con carácter á la vez solemne y alegre. La mayor parte de los asistentes llevaba el antiguo traje dalecarlio. Y las anchas tocas blancas y almidonadas, en la cabeza de las mujeres, despertaban la idea de idea de grandes pájaros, desplegando sus alas blancas.

Storm ya había empezado su discurso cuando vió al pastor entrar y tomar asiento en la primera fila.

«Eres, Storm, pensó, un hombre extraordinario. Todo prospera en tus manos. He aquí al pastor mismo, que, al fin, te hace el honor de venir á escucharte.»

En el tiempo que el maestro de escuela llevaba predicando había

explicado ya toda la Biblia, desde la primera hasta la última página. Este mediodía, hablaba del Apocalipsis, de la Jerusalen celeste y de la bienaventuranza eterna. Y la presencia de su viejo amigo le causaba tal alegría, que se decía á sí mismo: «No, en verdad, no deseara en la vida eterna mejor suerte que la de permanecer siempre sentado en una cátedra, enseñando á niños obedientes y discretos. Y, si alguna vez Nuestro Señor venia á escucharme, como hoy el pastor, nadie en el cielo estaría más satisfecho que yo».

Por su parte el pastor había prestado oído atento, y, al solo nombre de Jerusalén, extraños presentimientos comenzaron á agitarse en su corazón.

Al promediar el discurso, una puerta se abrió, y una veintena de personas entraron, y por miedo á estorbar, se detuvieron junto á la puerta.

—¡Esto es!—pensó el pastor.—Ya estaba yo seguro de que algo iba á ocurrir.

En efecto, apenas Storm hubo pronunciado el *Amen*, una voz se elevó del nuevo grupo.

—Quisiera solicitar humildemente el permiso de decir dos ó tres palabras.

Era la voz más dulce, más amable que se hubiese oído jamás. El pastor y la mayor parte de los vecinos reconocieron ser aquella voz la de Hok Matts Erikson. Nadie, en el pueblo, tuvo una voz tan hermosa, cuando niño. Y vióse á un hombre pequeño, obeso y de exterior benigno, adelantarse hacia el estrado, acompañado, sostenido, aclamado por algunos hombres y algunas mujeres.

El maestro de escuela, el pastor, los feligreses, quedaron como paralizados. «Hok Matts viene ciertamente á anunciarnos una gran desgracia. O el rey ha muerto, ó se ha declarado la guerra, ó algunos desgraciados se han ahogado atravesando el río».

Pero Hok Matts no tenía el aire de quien trae una mala noticia, y, aunque se sentía emocionado y parecía solemne, su contentamiento no podía menos de hacerle sonreír.

—Quisiera contar al maestro de escuela y á la asamblea—dijo,—que el domingo último, estando sen-

tado en casa en medio de los míos, el Espíritu descendió sobre mí, y empecé á predicar. No habíamos podido salir á causa de la helada y suspirábamos por la palabra del Señor. Entonces me fué revelado que yo mismo podía predicar. He predicado dos domingos, y los míos, lo propio que los vecinos, me han dicho que debía venir aquí, para que me oyera el pueblo.

Hok Matts añadió que le llenaba de asombro que el don de predicar hubiese recaído en una persona tan humilde como la suya.

—Pero el mismo maestro de escuela no es más que un labriego como nosotros—añadió con dulce candor.

Y, terminado este pequeño exordio. Hok Matts juntaba ya las manos y se disponía á predicar, cuando Storm, que se había sentado, le interrumpió:

—¿Pero Hok Matts tiene el propósito de predicar aquí, en seguida?

—Sí, esta era mi intención—dijo, y ante el aire sombrío de Storm parecía un niño sorprendido en su travesura...—Sí, mi intención era empezar solicitando el permiso del

maestro de escuela y el permiso de la asamblea—añadía todavía más humildemente.

—Es que, por hoy, hemos terminado—le dijo Storm en tono perentorio.

El hombrecillo se puso á suplicar con la voz anegada en llanto.

—Estas cosas me han venido mientras seguía el arado ó vigilaba mis haces de heno; y ahora quieren salir.

Pero el maestro de escuela, que había tenido un glorioso día se mostró sin misericordia.

—Matts Erikson nos trae aquí sus propias meditaciones, y esto es lo que osa llamar palabra de Dios—replicó con un tono de reproche.

Hok Matts no se atrevió á replicar y Storm volvió á abrir el libro de cánticos.

—Vamos ahora á cantar el número 187—dijo. Y entonó:

¿Tienes la ventana abierta del lado de Jerusalén?

«Grande es mi ventura, pensaba, de que el pastor haya venido esta tarde; así verá que sé mantener el orden en mi capilla».

Pero apenas había terminado el cántico cuando uno de los asistentes se levantó: Lyung Bjorn Olofsson, hombre orgulloso y altivo, casado con una Ingmarsson, propietario de una espaciosa alquería, en el barrio de la iglesia.

—Decimos y pensamos por aquí—dijo con moderación,—que el maestro de escuela hubiera debido pedir nuestro parecer, antes de despedir á Matts Erikson.

—¡Ah! ¿Eso te parece, hombre?—saltó Storm con el mismo tono que hubieran empleado con un muchacho.—Ten por sabido y entendido que yo soy único que puede hablar en esta sala.

Lyung Bjorn se tornó rojo como la sangre. No había querido armarle una disputa á Storm, y únicamente deseaba endulzar un poco el golpe recibido por un buen hombre como Hok Matts. Pero la contestación del maestro de escuela le puso fuera de sí. Abria ya la boca para replicar, cuando uno de los que acompañaban á Hok Matts tomó la palabra.

—Yo he oído dos veces predicar á Hok Matt, y afirmo que es maravi-

lloso. Me parece que todas las personas aquí presentes obtendrían escuchándole grandes provechos.

El maestro de escuela respondió inmediatamente, con la benevolencia paternal con que amonestaba á sus alumnos:

—Pero ya comprendes, Krister Larsson, que si dejo hoy á Hok Matts predicar, tú, Krister, querrás predicar el domingo próximo, y Lyung Bjorn del domingo en ocho días.

Al oír estas palabras, muchos asistentes se echaron á reír, pero sus risas fueron cortadas por la réplica de Bjorn, dura y seca:

—¡No veo por qué razón Krister y yo no seríamos tan capaces de predicar como el maestro de escuela!

Halfoor se levantó para prevenir toda disputa.

—Los que han ayudado con su dinero á la construcción de la capilla —dijo,—deberían también ser consultados antes que un nuevo predicador recibiese el permiso de predicar en ella.

—Cuando construimos la capilla—gritó violentamente Krister, á quien había invadido la cólera también,—

convinimos en que sería una casa libre, donde se podría predicar libremente, y no un templo, en que el evangelio es predicado por una sola persona.

Estas palabras parecieron despertar ideas nuevas en la comunidad. Una hora antes, á nadie se le hubiera ocurrido que en esta capilla pudiese elevar la voz nadie más que Storm; pero ahora todos pensaban: —«¡Cuán interesante sería ver una nueva figura en el estrado y oír una palabra nueva!»

Sin embargo, acaso no hubiese pasado nada, si Kolas Gunnar no se hubiese encontrado allí. Era el cuñado segundo de Halfoor, un hombre flaco, de cara sombría, de ojos inquisidores. Quería al maestro de escuela, como todo el mundo, desde luego, pero lo que le gustaba más era una buena disputa.

—¡Sí!—dijo,—cuando se construyó esta casa no se tenía en la boca sino la palabra libertad; pero lo cierto es que no he oído una palabra libre desde que está construida.

El rostro de Storm se puso de púrpura ante este primer ataque di-

recto, ante el primer testimonio de verdadera animosidad.

—Yo te responderé, sin embargo, Kolas Gunnar, que se ha predicado en ella la verdadera libertad, tal como la enseñó Lutero; pero aquí no se es libre de predicar las novedades que duran un día y caen al día siguiente.

—El maestro de escuela—respondió Gunnar,—quisiera persuadirnos de que todo lo nuevo es malo, apenas se refiere á la doctrina. Le parece muy bien que sigamos los nuevos métodos de agricultura, pero debemos ignorar las nuevas máquinas con que se trabaja el campo de Dios.

Storm creyó que se había equivocado sobre las intenciones de Kolas Gunnar y que no eran tan malas hacia él.

—¿Es opinión de Gunnar—dijo, á manera de broma,—que se deba predicar otra doctrina que la luterana?

—No se trata de la doctrina—gritó ásperamente Gunnar,—se trata del predicador, y en mi sentir, Matts Erikson es tan buen luterano como el maestro de escuela ó el pastor.

Storm había olvidado al pastor: le miró. Éste, inmóvil, con la barba apoyada en el puño de su bastón, no le quitaba la vista de encima, y sus ojos brillaban con resplandor sin igual.

—Tal vez hubiera sido mejor—pensaba Storm,—que el pastor no hubiese venido esta tarde.

Lo que acontecía le recordaba un fenómeno de que tenía larga experiencia. A veces, en la escuela, si en un día primaveral, excepcionalmente hermoso, un pajarillo se colocaba en el reborde de la ventana y comenzaba á canturrear, todos los niños suplicaban al maestro que les diese algún tiempo de recreo; se agitaban, cesaban de leer, hacían ruido, no escuchaban nada, se hacía imposible contenerlos. Hok Matts había sido este pajarillo. Pero Storm se proponía demostrar al pastor que tenía harta energía para dominar rebeliones.

—Empecemos por dejarles alborotar—dijo, sentándose detrás de la mesa.

La tempestad se había desencadenado. — «Nosotros valemos tanto

como el maestro de escuela! ¿Por qué ha de ser él solo quien nos enseñe lo que hay que creer?»—Parecía que estas ideas acababan de nacer, pero por su modo de entrechocar, se sentía que habían germinado en los corazones desde el día en que el maestro de escuela, abriendo su capilla, había demostrado que un hombre humilde y sencillo, podía explicar la palabra de Dios.

Al cabo de algunos minutos, Storm pensó:—«Ahora que toda esa juventud se ha desahogado, recordémosle que está aquí el maestro.»—Se levantó, dió un golpe en la mesa, y dijo con voz fuerte:

—¡Ya basta! ¡Ya basta! Debo marcharme; y vosotros también, queridos míos, partiréis, para que pueda apagar las luces, y cerrar.

Algunos obedecieron, porque, habiendo sido discípulos de Storm, sabían que esa manotada en la mesa era una señal á la cual se debía obedecer; pero la mayor parte no se movieron.

—El maestro de escuela—dijeron—olvida que ahora somos hombres. ¿Se imagina que le basta golpear

la mesa para que huyamos amedrentados?

Y continuaron discutiendo acerca de los nuevos predicadores y de los que podrían hacerse venir al pueblo.

Storm paseó sus miradas por la asamblea, estupefacto, como si advirtiese algo aterrador. El, que hasta aquel momento, había visto perdurar la niñez en todas las caras, distinguía de pronto—desvanecidas las mejillas redondas, la piel delicada, las guedejas rubias, las miradas apacibles,—rostros rudos y graves sobre los cuales su alma de viejo maestro de escuela se sentía sin ningún poder. Y allí estaba paralizado, no sabiendo ya como hablarles.

El alboroto creció. Kolas Gunnar, Krister Larsson y Lyung Bjorn discutían á gritos. Hok Matts, causa de todo este desorden, se levantó varias veces, pero nadie escuchó sus palabras de paz.

De súbito, Storm bajó los ojos hacia el pastor. Sentado en el mismo sitio, con el mismo resplandor en las pupilas, el pastor continuaba con su mirada fija en el maestro.

—«Recuerda, sin duda, lo que me



decía, cuando se me metió en la cabeza construir la capilla,—pensó Storm.—Sí; era él quien tenía razón; ¡aquí están las revueltas, las discusiones, el error!

El maestro de escuela reflexionó todavía. Después, de pie, alta la cabeza, sacó del bolsillo la llavecita brillante que abría y cerraba la capilla y la dirigió á la luz; los resplandores partieron á través de la sala.

—Aquí deposito esta llave, sobre la mesa—dijo,—y no la volveré á recoger. Veo que entra ahí, por mi falta, todo lo que había querido dejar fuera.

Abandonó, en efecto, la llave. Tomó el sombrero y fué derecho al pastor.

—Doy vivamente las gracias al pastor por haber venido á escucharme esta tarde—dijo,—porque si no hubiese sido esta tarde, ya no hubiese sido nunca.



## CAPITULO V

### LA CAZA INFERNAL

**Q**REÍAN algunos que Elías no dormía en paz en su tumba; tan odiosa había sido su conducta con Karina y con el joven Ingmar. Parecía como que hubiese derrochado tanto dinero solo para torturar á todos, aun después de su muerte. Lo cierto es que había dejado su propiedad tan gravada que, si Halfoor no hubiese sido lo bastante rico para comprar de nuevo la granja y pagar las deudas, la infortunada Karina hubiérase visto reducida á cederla á los acreedores. Y las veinte mil coronas de Ingmar Ingmarsson se habían desvanecido. Algunos pre-